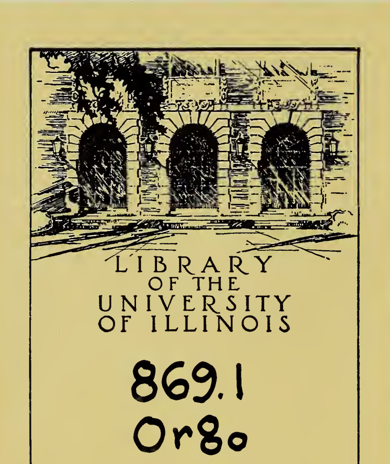





ORO Y HIERRO
SALVADOR
ORTIZ VIDALES.



ORO Y HIERRO

Oro y Hierro

Poemas

Los Escribió Salvador Ortiz Vidales

Los Ilustró V. Prieto

EDICIONES TRASCENDENTALES
DE
"El Libro Español"



PUERTA DEL SOL NUM. 6.-MADRID
PUENTE DE ALVARADO, 4.-MEXICO
1920

"EL LIBRO ESPAÑOL". - IMPRESORES-EDITORES.-PUENTE DE ALVARADO NUM. 4.-MEXICO.



La princesa sueña

La princesa sueña con la dulce y vaga
forma de oro y rosa de un varón gentíl,
que en el cinto lleva florentina daga
y sobre el chambergo pluma carmesí?

¿O es que acaso sueña con la faz moruna
y bella de un bravo príncipe oriental,
a quien pueda en noches blancas por la luna
deslizar la escala desde el ventanal?

¿O es qué acaso sueña con la real diadema,
y en el aureo cetro de un emperador
que tenga en su escudo por soberbio lema,
«nunca en mis dominios ví ponerse el sol»?

¿Y en tener mil joyas ricas y cuajadas
de claros diamantes perlas y zafir,
y tener panoplias con damasquinadas
armas que sus manos empuñara el Cid?

¿O es qué acaso sueña con la serenata
romántica y triste de un rey trovador,
bajo de la luna cándida de plata,
cuando más nervioso late el corazón?

¿O es que acaso sueña con las israilitas
y barbadas faces que amó Salomé?
¿Es qué prometiera dichas infinitas
por una sangrienta testa de Israel?

Cierto es que a su dueña muy vieja y jibosa
ya de sus ensueños le hizo confesión,
¡ay, pero la dueña es como una fosa
para los secretos de su corazón!

Y en tanto la rubia princesita sueña,
sueña y palidece su divina faz,
y nadie el secreto sacará a la dueña....
¡Y pensar que un sueño puede ser verdad!

El señor feudal...

Y vivía en su castillo, recluído y solitario;
la arena del desierto cruzó en su dromedario
ha mucho, mucho, en tiempos del Santo Rey Francés,
cuando iba con los príncipes y los bravos barones
de nobles pergaminos y de claros blasones,
a la conquista santa de la Jerusalém.

Y vivía en su castillo, rodeado de sus suizos....
y un día mandó que alzaran los puentes levadizos
para que nadie fuera su calma a perturbar,
ni vieran en su rostro las flores de la tisis,
la gota en que aquejaba por todos sus deslices,
ni las debilidades de su seníl edad.

A veces las visiones terribles del infierno,
en las heladas noches del implacable invierno
le azaltaban, y al punto, de nuevo volvía a ver
sus crímenes sin cuento, y sus impenitencias,
cuando violó las rosas de tantas inocencias
y arrebató a las vírgenes en su veloz corcel.

Y entonces a su estancia llamar hace a un divino

varón: un franciscano, o bien un capuchino
por ver si sus pecados se hace perdonar;
mas presto las saetas, mas presto los puñales
siente que de los siete pecados capitales,
le clava sobre el pecho la mano de Satán.

Y así vive en su estancia, recluído y solitario,
aquel barón que fuera caballero templario,
recordando los tiempos del Santo Rey Francés,
cuando con regios príncipes y con bravos barones
de la más rancia estirpe y más claros blasones,
fuera un día a la conquista de la Jerusalém.



COSAS DE ANTAÑO



Frisos heróicos

1

Todo está dormido. Sobre el campamento
la luna ha tenido su luz vagorosa;
preludia en las frondas sus flautas el viento
y es humo el perfume de un caliz de rosa.

Los conquistadores cayeron vencidos,
presos de las garras de invencible sueño
y mientras que ellos se encuentran dormidos,
pensativo y grave pasea el extremeño.

Sus dos ojos brillaban como dos puñales;
sus dos ojos: bellos cirios encendidos
por donde se asoma la luz a raudales
de muchos ensueños en su alma dormidos.

Suave deslizarse; andares felinos;
hojas que se arrastran a un viento otoñal;
el rumor que hacen dos piés femeninos
y luego Marina surgiendo espectral.

II

Mientras que la aurora pinta los confines
con el rojo gualda de un genial pincel,
vibran clamorosos todos los clarines
y su espada al cinto se ciñe Cortés.

Un muchacho agita una campanilla....
En el brazo lleva sagrado misal,
y tras él un padre viene en la ropilla
de los sacerdotes que van a oficiar.

Todos los soldados a su paso inclinan
reverentes, graves, la altiva cerviz,
donde no se mira, pero se adivina
sobre el bello casco, noble flor de lis.

Frente de la tienda capitana se alza,
una cruz de cedro sobre un blanco altar,
y canta en los pechos el ave-esperanza,
cuando el sacerdote abre su misal.

III

Un salón en la casa de Cortés. Bellas damas
parlotean con un bravo, viejo conquistador
que tiene los mostachos enhiestos y la cara,
tostada por la pólvora y los rayos del sol.

Hay un rosado niño de obscura cabellera,
es hijo de Marina y de Hernando Cortés;
tiene los ojos claros y las pestañas negras,
y es como una azucena suave y tersa su piel.

Una anciana sentado le tiene en sus rodillas,
y una historia de duendes le contará quizás,
a juzgar por las ávidas y curiosas pupilas
con que el niño suspenso de sus labios está.

Jactancioso el soldado habla de sus hazañas,
de luchas en que el solo se viera contra mil,
y sus locas bravatas las divinales damas
saludan con el coro de su risa gentil.

Tiempos virreynales

A Julio Sesto, fuerte y bravo
como un conquistador y sediento
del oro lírico de las Indias.

Entonces era el sabio Palafox Arzobispo
y Virrey en aquesta heróica Nueva España,
y se temía al infierno y se adoraba a Cristo
y en cada pecho ardía una alma franciscana.

El caballero altivo de gola almidonada,
tenía un sitial entonces cabe la santa iglesia
y en las obscuras criptas, una urna funeraria,
una urna funeraria con todo y su leyenda.

Y en las encrucijadas de las calles desiertas,
por disputar los mínimos favores de una dama,
dos bravos caballeros combatían con fiereza,
bajo de una farola de temblorosa llama.

Y en las tardes se iba a rezar los maitines
y a oír tras de la reja del santo monasterio,
el coro de las voces cándidas e infantiles
de novicias vestidas con el manto carmelo.

Y se iba a la iglesia a escuchar los sermones
de un canónigo en ciencias teologales graduado,
que se sabía las máximas de todos los Doctores
y era más elocuente que un tribuno romano.

Y allá en el penumbroso rincón de las capillas,
se iba a pasar las cuentas enormes de un rosario
traído de la santa tierra de Palestina,
en la última visita hecha al Monte Calvario.

Y en el altar dorado, constelado de luces,
un viejo sacerdote con el cabello blanco,
mostraba la custodia fastuosa, entre la nube
azul y perfumada de un sin fin de incensarios.

E iba la divina Sor Juana a los estrados
siglo XVIII de una muy discreta Virreina,
a hacer gala de ingenio ante de los graduados
doctores que eran como unos pozos de ciencia.

Y se hacían almendrados y mil guisos sutiles
que eran para la boca lampiña y desdentada
de un canónigo, como hechos por serafines,
o por las mismas manos de Señora Santa Ana.

Y por mandato regio, y «Ad majorem Dei gloriam»,
ardían en los braseros de los inquisidores,
los herejes, que en pugna con los sagrados dogmas,
vivían en los abismos de sus supersticiones.

Y era la vida dulce y mansa, sin más hechos
que la toma de hábitos de una novicia, el barco
que llegaba de China, o bien el nacimiento
de un príncipe, o del noble Virrey el onomástico.

Entonces en la celda blanca de su convento
algún monje poeta que imitaba a los Luises,
al estilo de Góngora, hacía un pulcro soneto
en donde comparaba al Virrey con Ulises.

Y la madre abadesa de más de un convento,
diligente, afanosa, con sin igual maestría,
dirigía los pasteles y el sazón de los guisos,
conforme a un recetario-joya en Gastronomía.

Y luego en las bandejas con versos laudatorios,
se llevaba el obsequio a Su Real Excelencia,
que recibía a sus súbditos en el salón del trono,
metido en su casaca y en sus medias de seda.

Esto pasaba en tiempos del Virrey Arzobispo,
o el Revillagigedo de peluca empolvada
siglo XVIII. Entonces se creía en Jesucristo
y se llamaba México, todavía, Nueva España.

Boceto

Mientras que la señora Virreina, muy piadosa,
borda para la Virgen túnicas de brocado,
un canónigo obeso, sentado en la poltrona,
deletrea los latines de un grasiento breviario.

Y sobre el cielo de oro, diluyen las campanas
sus voces argentinas convocando al rosario,
en que las niñas buenas vestidas de «alma en gracia»
ofrecen a la Virgen azucenas de Mayo.

✠ ✠

Sor Juana Inés de la Cruz

Bajo el cristal opalino
del cielo,
y en un crepúsculo
violeta,
van en un vuelo cansado
las voces
de las románticas
iglesias.

En la divina quietud
de su celda,
su celda blanca
y silenciosa,
frente a una mesa cargada
de libros,
Sor Juana lee
versos de Góngora.

Y sobre el libro, la cara
rosada,
los negros ojos
muy abiertos,
acaso sueña la pobre enclaustrada,

en ser la bella
princesa adorada
de un bello príncipe
de cuento.

Bajo el cristal opalino
del cielo,
flota un gran vuelo
de campanas,
y en el recinto sagrado
del templo,
el sacerdote, entre nubes
de incienso,
muestra la hostia
consagrada.

Frente a una mesa cargada
de libros,
Sor Juana lee
versos de Góngora,
y en el marfil
de su frente serena
brota el milagro
de una rosa.

❧❧

Los Franciscanos

...Y siguiendo un real decreto, han cruzado los oceanos
y a la América han llegado doce buenos franciscanos
que traen a aquestas tierras la palabra de Jesús.
Ellos no usan ni de lanza, ni rodela ni armadura,
y sus almas poseídas de seráfica ternura,
sólo anhelan el martirio como Dios Nuestro Señor.

Sus pies saben ya del polvo que hay en todos los caminos
y como otros Reyes Magos, y como otros peregrinos,
con los ojos visionarios, ven la estrella celestial,
que a los reyes y pastores, anunció al Recién Nacido,
y a su báculo nudoso, ya lo miran florecido
con las rosas del milagro, que empezaron a brotar.

En el nimbo inmaculado de sus albas vestiduras,
como sombras que dejaran sus calladas sepulturas,
ya los indios los miraron en piadosa procesión:
apoyadas las sus manos en los báculos nudosos
y cruzando del Anáhuac los caminos procelosos,
como santos emisarios de la paz y del amor.

Y sus manos, muchas veces, muchas veces fraternales,
han curado a los enfermos y han escrito memoriales
a sus Padres Superiores, o a la muy noble y muy leal
Majestad de aquestas indias, el piadoso Carlos Quinto,
delatando un latrocinio o algún crimen inaudito
de señores que se embozan tras la púrpura imperial.

Y como aman el silencio, las sus rústicas cabañas
han construido en la callada soledad de las montañas,
y allí tienen amorosas entrevistas con Jesús;
con Jesús que, por el hombre siendo un día crucificado;
por el hombre escarnecido; por el hombre torturado,
aún le brinda sus abrazos desde el leño de la cruz.

Bajo el fuego enrarecido de los soles estivales
muchas veces han cruzado con sus ásperos sayales,
impasibles y sonrientes a través de la extensión,
en extáticos arrobos encendida la pupila,
cual si viesen en el cielo otra vez a la sibila,
dulce estrella que anunciaba la venida del Señor.

Como han visto tantas llagas, como han visto tantos males,
saben todas las virtudes de las rosas pectorales
y a la par que dan al cuerpo dan al alma la salud;
ellos saben de mixturas y de drogas y fusiones,
y sus manos que reparten amorosas bendiciones,
si se posan en las llagas, tienen mágica virtud.

Eran doce franciscanos, doce frailes perseguidos
que sabiendo que era un crimen protejer los desvalidos
del afán del lucro hispano y del odio y del rencor,
poseídos de la fiebre de su trágico delirio,
anhelaban la corona y la palma del martirio
y morir crucificados como Dios Nuestro Señor.

Don Vasco de Quiroga

Pátzcuaro vetusta, Pátzcuaro divina;
ciudad de los santos, cristiana ciudad,
mientras que en tus casas, tus templos en ruina,
rielaba la luna su luz mortecina,
vestido de blanco le he visto cruzar...

Traía en la su mano cayado nudoso
y atada a una cuerda la mísera cruz
de pino, colgando del pecho amoroso
y entre la su boca palabras de luz.

Yo ví la silueta del padre eremita
de alma diamantina, lengua celestial,
que rehusara el regio color amatista
por el franciscano y humilde sayal.

Al bueno Don Vasco, al cándido Obispo
que tuvo deliquios un día con Jesús;
nuestro Padre en Nuestro Señor Jesucristo,
Lirio de los Valles y alma de la luz.

Monseñor Obispo, Vasco de Quiroga
que siguió la senda del dulce Rabí
y que por los indios sus hijos aboga
y hermano es gemelo del Santo de Asís.



LAMPARAS SAGRADAS



Ofrenda mística

Jesucristo, crucificado,
abre sus brazos de marfíl y de amor,
al que es presa del pecado
y tiene el pecho ensangrentado
por los puñales del dolor.

Al que clama justicia en vano
y es perseguido por la ley;
al que nunca estrechó una mano
y en la amada y en el hermano
halló la infamia y el doblez.

Jesucristo es el padre amoroso
de los que sufren la crueldad

del soberbio y el poderoso,
y es como un huerto nemoroso,
o Sulamita del Cantar.

Y su palabra es fuente de vida
para todo el que tenga sed
de amor; y bálsamo en la herida,
faro de luz y una estrella encendida
que guía a los hombres a Belén.

❧ ❧

Señor, dame la augusta...

Señor, dame la augusta serenidad profética
de aquella incomparable Teresa de Jesús.
Señor, estoy cansado de tanta, tanta escéptica
filosofía, y quisiera abrazarme a una cruz.

Mira, Señor, que he andado de una a otra parte
buscando una migaja de la felicidad;
y adoré a las mujeres, y amé después al arte
y en todas partes sólo hallé la vanidad.

Mira, que mis cabellos comienzan a blanquearse,
y el frío del desengaño hiela mi corazón...
mi dicha es como el humo que al viento se deshace
y por cada ventura pone un "pero" el dolor.

Señor, dame que siga ya por la senda recta
que marcó con su paso Teresa de Jesús,
y que mi alma sienta como su alma perfecta,
aquella incomparable locura de la Cruz.

Sacrificio

Señor, la vil estofa aún levanta calvarios;
y humedece la esponja con vinagre y con hiel,
y pues perdió en el juego ya los treinta denarios,
quiere otro Jesucristo a quien poder vender.

¿El mito doloroso de la Jupiterina
Águila, por los siglos y los siglos será?
Señor, ¿por cada hombre que hace un bien en la vida,
hay un buitre dispuesto su entraña a devorar?

¿Por cada noble empresa, por cada noble hazaña
que un humano realice, tan sólo ha de tener,
por cetro de su mano, una risible caña,
y de corona, espinas sobre su noble sien?

✠✠

A nuestra madre Teresa de Jesús

Mi alma es como una ave de alas entumecidas,
Oh Madre, Madre mía, y quisiera volar..!
Es de las que en estatuas quedaron convertidas
por volver demasiado la cabeza hacia atrás.
Es una de esas almas, de esas almas tullidas,
como los cuerpos, Madre, que no pueden mandar,
ni a sus pies, ni a sus manos, y que en negras piscinas,
como Lázaro esperan que les manden andar.
¡Oh, todo se me ha ido en el "grosero engaste".
de esta preciosa perla de mi alma y entrar
dentro de mi, juzguélo como tú un "disbarate"...
¡Sólo Cristo con tierra pudo a un ciego sanar!

✖✖

A San Francisco de Asís

Señor, San Francisco de Asís, Padre mío,
dame, que la huella siga de tus plantas,
cuando por la senda ibas del camino,
bajo un raudo vuelo de palomas blancas...
Y que mi palabra, como tu palabra,
tenga aquel encanto fresco, matutino,
que atraía a las aves; que atraía a las almas,
cual la miel a un fresco paladar de niño;
Tu palabra buena, tu palabra suave,
dulce, como un cielo lleno de luceros:
horizonte inmenso para el vuelo de ave
de las almas ebrias de amor y de ensueño.
Tu palabra, dulce bálsamo en la herida.
Para los sedientos, linfa transparente.
Tu palabra, fuente de verdad y vida
que al vencer al mundo, triunfó de la muerte.

✠✠

Suprema paz

Señor, haz que cese ya mi sufrimiento.
A mi pensamiento no atormentes más
con deseos absurdos, locas fantasías
que exacerban sólo mis melancolías
y gozar me privan la suprema paz.

Nada ya ambiciono, nada ya pretendo,
sino es en la negra tierra descansar,
y cerrar mis ojos con el dulce sueño
del que nunca, nunca se ha de despertar.

✤✤

Vanitas Vanitatum...

Sobre todas las cosas a Jesucristo,
amó con fé tan grande como las santas,
y juzgaba las cosas que aún no había visto
"vánitas vanitátum et omnia vánitas."

Ungidas del incienso con los aromas,
cuando sus manos blancas alzaba al cielo,
eran como divinas, albas palomas
que a los cielos quisieran alzar el vuelo.

Y un día la muerte vino, las frescas rosas
de su faz, se volvieron mustias y pálidas,
y aún de su boca oyeron las religiosas:
"vánitas vanitátum et omnia vánitas."

✤✤

En paz

Quiero vivir la paz untuosa,
la paz callada y misteriosa
de una celda monacal;
por ver si aparto ante el cilicio,
de Satanás el maleficio,
y huyo a la loca vanidad.

Busqué el amor con ansia loca,
y un beso hallé por cada boca,
—todas me daban de su miel—
pero la boca que besaba,
luego al instante me dejaba
el sabor acre de la hiel.

Amé las manos señoriles;
las manos blancas y sutiles,
mas fué mi suerte siempre igual,
pues que las manos se trocaron
uñas de arpías y desgarraron
mi pobre pecho sin piedad.

Y así pisando siempre abrojos

al fin cegáronse mis ojos,
de tanto, tanto que lloré,
y al quedar ciego, fuí sin tino;
perdí la ruta del camino
y ya jamás la encontraré.

✠✠

¿Para qué?

Yo no sé por qué la muerte
no ha acudido a mi llamado.
No lo sé.

¿Para qué lo que he sufrido
y lo mucho que he llorado?
¿Para qué?

Yo no sé por qué la muerte,
esa eterna complaciente,
no llegó,
si mi voz la reclamaba,
si mi espíritu doliente,
la llamó.

Yo no sé qué negro crimen,
que delito en mi inconsciencia
cometí,
ni por qué en mis hombros pesa,
como un fardo la sentencia
de vivir.

Yo no sé por qué la muerte
no ha acudido a mi llamado.
No lo sé.

¿Para qué lo qué he sufrido
y lo mucho qué he llorado?
¿Para qué?

❧❧

Contrición

Vivía en la celda de un convento,
su vida ingénua, celestial;
en un completo apartamiento
de la mundana vanidad.

Daba en su mesa siempre ante
la imagen dulce de Jesús,
un blanco cirio, su oscilante
ofrenda cándida de luz.

Y allá en la hora de maitines,
en el divino atardecer,
entre mil rubios serafines,
veía a Jesús aparecer.

✕✕

Pesimismos

¿Para qué vivir la vida
ya del mundo
si todos sus goces duran
un segundo?

Mira, todo es como el humo
que del aire,
al primer impulso, luego
se deshace.

Pretendes que sea tu dicha
siempre eterna
y no ves que has fabricado
sobre arena

Abominas del presente,
y no reparas
que ayer este mismo instante
fué "mañana".

Y así viviendo no vives
sino sueñas

y pasas como un sonámbulo
por la tierra.

Mira, apártate del mundo
y ya no sueñes,
no sea que la muerte venga
y te despierte.

Y nada ansíes, si no quieres
ser penado,
que el mejor goce consiste
en no desearlo.



VISIONES INGENUAS



Navidad

Noche de invierno; sus claros fulgores,
vierte una estrella en el cielo prendida,
—flor, la más bella entre todas las flores—
y por la mano de Dios encendida.

Por las majadas y verdes oteros,
bajo las voces del amo impelidos,
corren y saltan los galgos lebreros
dando a los vientos sus frescos ladridos.

En las quebradas y al pie de las lomas,
las humaredas de blancas cabañas,
fingen un vuelo de blancas palomas
y un zagal toca su flauta de cañas.

Puesta la mano en cayados nudosos,
mozos, abuelos de blancas guedejas,
van a Jesús con los ojos ansiosos...
Dios es la miel y ellos son las abejas.

Ya Jesucristo en Belén ha nacido;
lo saben reyes y pobres pastores;
por un lucero en el cielo encendido;
porque en la nieve brotaron las flores.

Ya en el pesebre sagrado dormita,
todo rosado, transido de frío,
el Prometido del pueblo Israelita,
rojo como una manzana de estío.

Y protegido del cierzo inclemente,
bajo techumbre de paja de oro,
hay quien le ha visto dormir al ambiente
que hacen los vahos de la vaca y el toro.

A Él se encaminan los bellos pastores;
y por Él canta la flauta sonora,
y por Él tejen guirnaldas de flores
lindas zagalas con ojos de aurora.

Noche de invierno; fulgor diamantino,
vierte una estrella en el cielo encendida
—punto final en un verso divino—
y por la mano de Dios encendida.

❧❧

Amanecer

Cuando el firmamento dulcemente empieza
a encenderse al beso tibio de la aurora,
tras de su rebaño cándido de ovejas
virgiliana surge la blanca pastora.

Viene alegremente de por el sendero,
y la piel de zorra de su corta falda,
deja ver la lumbre clara de lucero
de las desnudeces de su pierna blanca.

Como el desgranarse de los surtidores,
o el divino arpegio de risas de plata,
vibran en la selva los dolientes sones
de Dafnis que toca su pánida flauta

Y como besada por la rubia aurora
la pastora luego se pone rosada,
roja como el bello clavel de su boca,
roja como una fragante manzana.

Y al mirar al novio salir a su encuentro
con la risa blanca temblando en los labios,

luego al punto siente que sus blancos senos
como cervatillos tiemblan asustados.

Y los blancos brazos, le tiende al amante
y en una divina dádiva amorosa,
le brinda encantada su boca fragante
y en su pecho tiembla como una paloma.

Vertía la rubia aurora...

Vertía la rubia aurora sus ánforas de oro
sobre el fragante campo, geórgico del trigal,
y sus divinas notas, lo mismo que un tesoro,
volcaba sobre el aire la esquila musical.

Y había como el encanto de una égloga divina,
y místico en un vuelo de ave y de oración,
el vaporoso velo azul de la neblina,
se alzaba como el humo de incienso hasta el Señor.

Todo perfume honrado de húmedos terrones,
flotaba en la fragancia de la hora matinal,
y líricos al viento mandaban los gorriones
en músicas trocadas, sus almas de cristal.

✤✤

HOMENAJE



Bienvenida

Hé aquí que por la gracia de la poesía retorna
a México glorioso, don Hernando Cortés,
y pues nos lo ha traído Villaespesa, en buena hora
sea su casa este bello País de las Auroras,
desde hoy y para siempre en los siglos. Amén.

El acero en la diestra; el penacho muy alto;
el gesto y el empaque altivos no están mal,
pues si somos aztecas, somos también hispanos,
y al par que de Cuauhtémoc, hijos de don Pelayo;
que en Villaespesa un brazo nos tiende sobre el mar.

Sea, pues, muy bienvenido el glorioso extremeño,
pues que por un poeta nos lo manda el Señor

a imponer en las voces de oro de los versos,
no el pendón en el nombre de don Carlos Primero,
sino en pro de la raza indo–hispana, el perdón.

Y pues por obra y gracia de la poesía retorna
a México glorioso, don Hernando Cortés,
y pues nos lo ha traído Villaespesa, en buena hora
sea su casa este bello País de las Auroras,
desde hoy y para siempre en los siglos. Amén.

Francisco Villaespesa

Son las tres de la tarde; Villaespesa medita;
Villaespesa trabaja en el piso tercero de un hotel elegante...
Pasa un tren, luego otro, y después el estruendo
de un sin fin de automóviles que ensordecen la calle,
Villaespesa medita, Villaespesa trabaja,
y en un hilo de ensueño va engarzando su estrofa,
donde hay mil visiones de Madrid, con sus damas
rumorosas de sedas y sus frescas manolas.
De cafés aristócratas, donde el gran Benavente,
a la clásica usansa de su amigo el Cyrano,
va esparciendo las rosas de su ingenio fragante,
mientras ríe con su suave sonreir cortesano,
El sin par don Jacinto Benavente que tiene
una barba aguzada que avalora la astucia
fulgurante en la noble palidez de su cara,
afilada lo mismo que una daga andaluza.
Villaespesa medita, Villaespesa trabaja,
engarzando en el hilo del recuerdo su estrofa,
y a su mente divina de poeta, lo mismo
que un cortejo radioso, las memorias lejanas,
van llegando en bandadas de viajeras palomas
que traen por mensajes, mil visiones de España.

Y es Carriére el poeta de la capa y la espada;
del enhiesto mostacho y el sombrero grasiento;
el amigo de Lope, de Francisco Quevedo,
y en jolgorios, comparsa del Marqués Santillana;
Es Carriére el poeta del sombrero grasiento,
capitán de los golfos en la Corte de España.
Es Carriére que ha brindado con Francisco Quevedo
vino hispano, en cristales procedentes de Francia;
el que amando a la bella Dulcinea del Toboso,
coquetea con la rubia modistilla francesa,
o se va por las calles de París con Rodolfo
a charlar de mil cosas de la loca Musseta.
Es Carriére que revive con sus luengas melenas
a los tiempos gloriosos de Francisco Primero;
de las plumas airosas; del justillo de seda;
de Romeos y Julietas; de una escala y un beso....
Es Carriére que desciende del señor de Espronceda,
o tal vez de aquel viejo valentón de Cyrano,
que como él adoraba las mugrientas tabernas
y el acero, en las forjas de Toledo, templado.
Villaespesa medita, Villaespesa trabaja,
engarzando en el hilo del ensueño su estrofa
que trae, entre mil dulces remembranzas, la gracia
de una dama que compra sus vestidos en Francia,
o el encanto fragante de una linda manola.

Rubén Darío

Rubén Darío, el fastuoso, con la mano enguantada
de cortesano, empuña la reluciente espada....
Y un día, al romper el alba en el Oriente, parte
de su solar nativo a una tierra distante,
ávido de los besos ardientes de la Fama
y de esgrimir su acero por Dios o por su Dama....

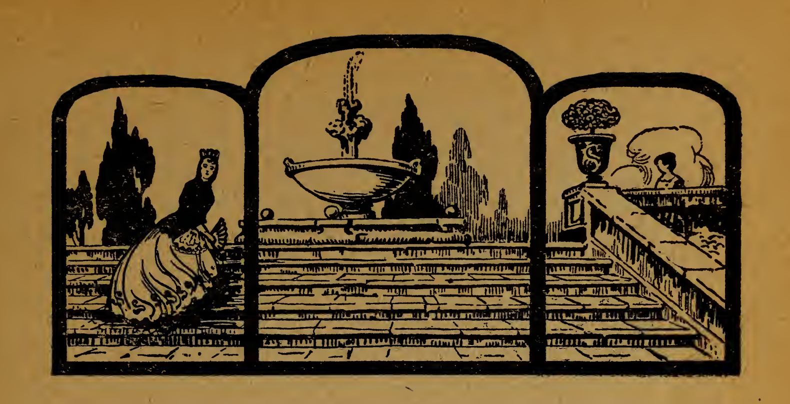
Fué allá en los viejos tiempos en que Espronceda hacía
al dios Apolo cómplice de su piratería,
y salvando del Arte la divina frontera,
hacía a las musas víctimas de su ambición artera....

Rubén Darío, que es émulo de Góngora y Argote,
siente que es patria suya la patria del Quijote,
y se arma entre los viejos caballeros andantes,
presto a esgrimir su acero por don Miguel Cervantes....
Verdad es que su pulcro paladar se diría
reacio al fuerte vino que hay en Andalucía,
y que por misteriosa e innata aristocracia,

parece sólo hecho a los vinos de Francia;
mas antes ya aquel noble Marqués de Santillana,
a la manera itálica, cantaba a la lozana
moza, que un día, corriendo por la tierra fragosa,
halló en un apartado lugar de Finojosa....
Y así Darío coloca en vasos de una extraña
tierra, un fresco manojo de claveles de España,
y hace que el ingenioso Cyrano Balazote
estreche entre sus brazos al señor don Quijote,
y que por el hechizo de su musa divina,
todos seamos hermanos en la raza latina;
en Moliére y Cervantes, Dante y en la nobleza
de nuestro inagotable culto por la belleza.



JARDINES DE ENSUEÑO



Jardines de ensueño

MARÍA: Cuando se ha llorado, y se ha sentido el peso de una realidad amarga y triste, siempre en oposición al mundo del ensueño; quisiéramos hacer algo como un remanso, una isla espiritual, en que poder vivir con la imaginación la dicha que se nos ha negado. Los versos son entonces un piadoso refugio, y en ellos ponemos nuestra alma y nuestro corazón, como el niño los pone en su mejor juguete.... ¡Quién sabe si la vida no está llena de estos subterfugios, y si fuera de la imaginación, haya un dón más dulce, entre todos los que nos ha brindado el cielo....! Yo por mí sé decir, que en estas páginas, he vivido lo mejor de mi vida. Usted las ha dictado, y en todas ellas alienta un vivo fuego de entusiasmo y de amor.

Tómelas, son todas para usted, quizás encuentre en ellas algo como un perfume de su alma. ¡He pensado tanto en usted mientras las escribía....!

Intimamente

Para tu boca de fresa
y tu cara
de Virgen rubia, venusina,
y tu mirada dulce y cándida
y tu cabellera dorada,
como las cuerdas de una lira.

Yo te diera toda mi alma,
como se ofrenda una mística rosa
por el bien de una mirada,
o por un beso de tu boca.

Te comparara con la gretchen
de una germana cervecería,
por tu carne como la leche
y tus cabellos: oro del día.
Y fueras para los castillos
de mis eternas fantasías,
princesita de cuento encantada
y que yo desencantaría.

Margarita de Fausto pareces,
y son tus brazos ¡ay, tan blancos,
que refulgen cuando anochece,
como la lumbre de los astros!
¡Y el oro de tus cabellos
y el terciopelo de tus manos
y el placer de poner un beso
en la fragancia de tus labios;
y la voluptuosa caricia
de tus manos entre mi pelo
y lo diáfano de tu sonrisa
y lo azul de tus ojos de cielo. . .!
Margarita de la Leyenda,
Muchacha rubia y sonrosada,
alegre como pandereta
y tan casera y tan alemana!

Margarita es una muchacha
de ojos azueles.
y rizos dorados
que en las noches de luna
sueña
en los palacios encantados.
Yo amo en silencio a Margarita
y quisiera
como en un cuento,
tener un caballo con alas
para llevármela
en el viento....

Divagaciones

Yo iba por la calle soñando en quien sabe
qué princesa blonda de ojos azules,
en el cielo dulce, muriendo la tarde,
vestía con sus oros de ensueño a las nubes.

Yo iba por la calle, los ojos abiertos.
ante el inefable cielo de zafiro,
y mi alma flotaba como en un ensueño
todo hecho de besos y risas y trinos.

Todo me encantaba, todo me atraía.
No había ya en mi alma asomo de pena:
me era hermano el hombre, me era hermano el lobo,
y con San Francisco, también la pobreza.

⁂

A una señorita que parece muñeca

Muñequita de blanca porcelana, traída
en estuche de raso de un lejano país;
figulina de Sevres, de Golconda o de China;
muñequita forjada por las manos de orfebre
de un artista famoso pensionado en París....
muñequita de seda y de rosa y de nieve;
muñequita traída del lejano Japón,
con los ricos tibores, los quimonos de seda,
las cajitas de laca y los biombos, en donde
con las fauces abiertas aparece un dragón....
¿En qué caja de raso con bombones y dulces,
te mandó un sumareya del país oriental,
a la linda princesa de los ojos azules,
de los rubios cabellos y la voz de cristal?

El alma ingenua

Niña revoltosa como colegiala,
niña que cantabas, niña que reías,
ven a libertarme de las fieras garras
que en mi pecho clava la melancolía.

Cante el coro alado de tus frescas risas;
ven, corramos juntos, saltarás la cuerda,
y oirás encantada con las otras niñas
los absurdos cuentos de la vieja abuela.

Ya verás qué dicha, qué deleite, cuando
tu pierna que emerge de los calcetines,
el divino beso todo almibarado
sienta de la brisa que hay en los jardines.

Correrás el aro, saltarás la cuerda,
y reirás lo mismo que se ríe una loca,
cada vez que abatas con la jardinera
el divino vuelo de una mariposa.

Niña revoltosa como colegiala,
niña que cantabas, niña que reías,
haz que vibre el oro de tus carcajadas
para que huyan todas mis melancolías.

Dame que mis ojos miren a tus ojos,
tus ingenuos ojos sólo ensombrecidos
por el llanto, cuando se quebraba el rorro
que un día por los Magos te mandara el Niño.

Mira, tengo dulces, tengo caramelos,
láminas muy bellas, y si estás muy quieta,
voy hasta contarte el hermoso cuento
de Blanca de Nieve, o de Cenicienta.

Niña revoltosa como colegiala,
niña que cantabas, niña que reías,
haz que vibre el oro de tus carcajadas
y huyan para siempre mis melancolías.

Ensoñaciones

Matinal campana, que a la aurora cantas
con tu voz alegre de oro y de plata;
y que como una ave, cándida en tu vuelo,
cantando, cantando te elevas al cielo....
¡Oh quién cómo el grito de tu voz de plata,
o en las alas raudas de un mágico ensueño,
como tu divina vibración volara!
¡Oh quién cómo el grito de tu voz de plata
matinal campana, volara hasta el cielo... !

Fantasía

Esta noche yo he visto una ninfa,
una ninfa divina jugar
del estanque en el agua dormida....
Brillaba la luna;
y su luz apacible y divina
se copiaba en el claro cristal.

Esta noche yo he visto una ninfa,
una ninfa desnuda jugar,
a la luz de la luna, que iba
como nave: la vela extendida
por el cielo de claro cristal.

Esta noche yo he visto una ninfa
¡oh su carne divina y astral!
Se bañaba en el agua dormida,
a la luz de la luna divina,
como Venus en la onda del mar.

¡Oh el tesoro de luz de su trenza
de sol rubio y el noble marfil
de su seno inviolado y la hoguera
de sus labios de rojo carmín!

Esta noche yo he visto una ninfa,
una ninfa desnuda jugar
del estanque en el agua dormida....
Brillaba la luna,
y su luz apacible y divina
se copiaba en el claro cristal.

A ti, todo para ti

I

Era en la suave quietud de la alcoba
(diluía sus oros la lumbre del sol)
y sobre el aire de oro y rosa,
iba la voz religiosa y devota
de una campana llamando a oración.

Y era al cristal de la ventana,
que teñía en rosa la tarde al morir,
una muchacha que soñaba
en el rey rubio de un cuento infantil.

II

Me embriagaría en el secreto
íntimo y dulce de tu alcoba,

con tu carne de terciopelo
y con tus ojos de paloma.
Me encantaría verte desnuda
bajo la lumbre de la lámpara
que te diera como la luna,
su clara túnica de plata.

III

Tu divina silueta es como nube
blanca que el sol en el ocaso irisa;
espiral de humo que a los cielos sube
rizado apenas de una tenue brisa.
Y hay nieve en toda la sin par blancura
de tu cuerpo gentil. Fuego y claveles
en el encanto de tus labios-rosa;
mas te amaría ¡oh Dios mío con tal locura!
que siendo toda tentación y mieles,
Otelo yo, te asesinara esposa.

IV

Riela el sol en la dulce transparencia del lago
el tesoro encantado de su mina encendida,
y una barca nevada, bajo el cándido halago
de los vientos, navega por el agua dormida.

¡Oh! ¿quién canta en los aires? ¡Oh! ¿quién pulsa la lira?
¿De quién es el arpegio de esa voz tan sonora?
¿Es el canto postrero de algún cisne que expira,
o es la alondra divina que saluda a la aurora?

Es Pierrot el poeta, cuya voz argentina
hace todo de música el obscuro lamento
de su alma, y deshoja por la cruel Colombina
otra vez sus divinos madrigales al viento.

V

En tu cálida alcoba, mientras que el sol diluye
su oro, en el misterio de la tarde tranquila,
sueñas cuentos de hadas, y tus sueños azules,
transparenta el encanto de tus hondas pupilas.

Es tu carne nevada como el ala del cisne
que se enciende en el oro pálido del ocaso,
y tienen la blancura divina de la leche,
tus dos brazos de Venus para el mármol truncado.

Tus brazos que en mi cuello, como un collar divino
me dieron la más pura gloria con que he soñado:
la de verme en tus ojos; la de beber tu aliento,
y embriagarme en el vino que atesoran tus labios....

¿En tu cálida alcoba, tras el cristal que el raso
de una cortina vela, dulcemente dialogas
en sueños, con un príncipe de dorada melena,
con quien bajo la noche, en una barca vuelas,
cantando bellas cosas de amor, sobre las olas?

VI

Era diáfana y pura, como el cristal dormido
de un lago, que refleja la estrella matutina.
Y era como azucena y era como un lirio
místico «inter espinas,» su corazón de niño
que como rosa pura se deshojaba en risas....

Y fué para mi buena, como el agua y reía
con la blanca sonrisa de la Virgen María,
y por ella, mi alma de noche sempiterna,
un día se enjoyó toda de divinas estrellas
y es una rosa pura, mi corazón y vibra,
como la alondra, al beso del alba cristalina.

❧❧

Eres como Afrodita . . .

Eres como Afrodita: blanca estatua
que simboliza en su actitud tranquila
la Poesía virginal que mi alma sigue
eterna en pos de una visión divina.
Alma de los jardines, dulce aroma
que sube en espiral, y como nube
por milagro de un dios se hace visible;
incienso, mirra y oración que sube
de los cándidos labios infantiles.
Todo lo más selecto de las almas;
lo más vibrante en las geniales liras;
de la estrella fugaz, la que es más blanca,
de la azucena, la que más encanta,
y del pájaro el que, más dulce trina.
Esa es tu alma transformada en música;
ese es tu corazón: rosa encendida,
fragante y fresco, como el agua pura;
paloma blanca, alondra matutina.

Tintas líricas

I

En el silencio de la noche
flotan las notas dolientes de un piano
que tiene mágicos acordes
con la música de los astros.

Y con tu alma que despliega,
sus alas cándidas de ensueño
e impaciente de tanta espera
se va a besar con los luceros.

En el silencio de la noche,
una alma llora en las notas de un piano
y en su música dulce pone
un beso tuyo entre mis labios.

II

Mi corazón es un suave
remanso de aguas dormidas

para la visión celeste
de tu alma blanca, María.

Es como un jardín fragante
de lirios y margaritas
de alegres juegos de niños
y cascabeles de risas....

Mi corazón es un suave
remanso de aguas dormidas
para la visión celeste
de tu alma blanca, María.

III

Era en un jardín de lirios
una fontana de plata.
Eras tú y un libro abierto
de Bécquer sobre tu falda.
De Bécquer que tantas cosas
cuenta a las vírgenes pálidas
y pone por cada estrofa
un tibio beso en las almas.
Eras tú leyendo un libro
cabe una fresca fontana.
Tu imagen, copia la linfa,
y el libro, copia tu alma.

IV

Sus ojos tienen el dulce
hechizo de una agua quieta
y azul, en donde se mira,
toda temblando una estrella:
lucesita del camino;
castillo de una princesa
que mira Caperucita,
cuando se pierde en la selva;
luz del caminante, faro,
lucero del alba, estrella
que vieron los Reyes Magos
al nacer Cristo en la tierra.
Sus ojos tienen el dulce
hechizo de una agua quieta
y azul, en donde se mira
toda mi alma de poeta.

V

Mi corazón armonioso
fué como voz de una lira,
y fresco, como la rosa
de mayo, de una sonrisa.
E iba las alas abiertas
hasta una estrella divina,

Iba las alas abiertas
sobre el dolor de la vida.
Mas ¡ay! ahora es un triste
canario de alas heridas,
que arrastra el viento de otoño
entre las hojas marchitas!

Magna voluptas

Hay en tu cuerpo cálido, la suavidad del raso,
y en la desnudez mágica de tu carne morena,
perfumas como nube de un sagrado incensario,
o un jardín fragante lleno de rosas frescas.
Tus senos son lozanos frutos paradisíacos
que esperan la mordida de una Eva golosa,
o bien como dos vasos de alabastro colmados
de un vino que se vierte por tus pezones rosa.
Y hay en tus ojos toda la languidez perversa
de las hembras que al bello pecado nos convidan,
y finjen enredadas a tu cuerpo las trenzas
serpientes enroscadas al árbol de la vida.

❧

La bailarina

Desnuda y riente baila sobre un tapiz de Persia.
Su espalda suave, tersa, de nívido plumón,
se eriza ante el prodigio divino de su trenza
grande, como el tesoro de un grande emperador.

Y sus piernas desnudas, llenas de ajorcas de oro
donde muestra su boca encendida un rubí,
se trenzan y destrenzan al revibrar sonoro
del címbalo que agita la mano del rabí.

Sobre la rica estera de molicies blanduras,
y a los ojos viscosos del lúbrico Sultán,
su cuerpo frágil, casi no tiene coyunturas
y es como una serpiente o humo en espiral.

Y sus senos, lo mismo que dos copas volcadas,
florecen con la rosa sangrante del pezón
y tiemblan como blancas palomas asustadas
ante el divino beso del deseo triunfador.



Al Margen de la Vida



Damas de antaño

I

Siempre recluída y solitaria
vivía en su viejo caserón,
la más ferviente partidaria
que tuvo el Rubio Emperador.

Hábil en todos los bordados,
no precisaba confesar

y la absolvían de sus pecados
por los primores del altar.

¡Oh la tersura de sus manos
llenas de encanto señoril!
¡Oh cuántos besos cortesanos
sobre su carne de marfil!

Cuando su mano alguna rosa
solía en el lienzo hábil bordar,
era como una mariposa
sobre una rosa virginal.

—Borde, —decíale el señor Cura, —
borde que sólo así el Señor,
perdonará tanta blancura
que a tantos besos provocó.

Y un día su mano quedó inerte
sobre la tela virginal,
y el dulce beso de la muerte,
vino sus ojos a cerrar.

Sobre la negra vestidura
alguien las manos le cruzó,
y el Cura puso en su blancura
devoto un beso de perdón.

II

COQUETERÍA

Desde mi ventana, a la paz untuosa,
apacible y dulce del atardecer,
veo cruzar la calle vaga y sigilosa,
vaga y sigilosa forma de mujer.

De mujer que habita tras los paredones
viejos de una casa semivirreynal
que habitara un conde, cuyos los blasones
son del noble escudo que hay en el zaguán.

Es una de esas damas enlutadas,
que aunque mucho amaron, sólo fué una vez,
y van por el mundo cual desencantadas
a pesar de toda su precoz viudez.

Y que en el secreto de su rica alcoba
guardan con las cartas de un amor ideal,
en ennegrecido mueble de caoba,
como flor marchita su atavío nupcial.

III

Vive en su vetusta casa de soltera,
con su hermoso gato, su terrible can,

una viejecita que jamás tolera
en los animales la rivalidad.

Deja al gato siempre cerca de la hornilla
y al perro que duerma su reparador
sueño, sobre el tule de una vieja silla,
o en el patio a veces bajo el tibio sol.

Le prohibe al gato ir por los rincones
húmedos, temiendo vaya a constipar,
y porque aborresca todos los ratones,
le forma exquisito, pulcro paladar.

Dama de la corte fué la viejecita
y en los buenos tiempos del Emperador,
como era graciosa y era muy bonita
dicen que a su esposo pérfida burló.

Y hoy cuando contempla a estos animales
en los que reparte gracias por igual,
sin querer se acuerda de los dos rivales
que hizo tan amigos su hábil coquetear.

Mi camarera

Es una linda muchachita,
una terrible señorita,
que si la voy a regañar,
presto mi cólera suaviza
bajo la miel de una sonrisa
de su boquita virginal.

Es la que viene de mañana,
la que me toca en la ventana
con absoluta precisión,
cuando la voz de una campana
suena en la hora de oro y grana,
como la voz de una oración.

La que con fresca mantequilla
guisa mejor una costilla;
saca el extracto del café;
hace los huevos en tortilla,
o asa al calor de la parrilla
un grueso tajo de biftec.

Mas no ha de ser todo dulzura
en donde reina travesura....!
—¡Oh loca, triste vanidad!—
pues que con toda la basura
mis versos llenos de ternura
barre su escoba criminal.

❧❧

¡Si yo fuera fraile!

Para Alfredo Ortiz Vidales.

Si como lo anhelo
llegare a ser fraile,
antes de tu cielo,
Señor, haz de darme,
una viejecita
sumisa, callada;
que tenga mi casa
muy bien arreglada,
con muchas macetas
en los corredores
¡y es claro! repletas
«toditas» de flores.
Que en las mañanitas,
cuando luzca el alba,
vaya de puntitas
echándoles agua
y que use calzado

con suelas de lana.
—¡No sea despertado
yo muy de mañana!—
Que hasta en la cocina
si muele al metate,
amasa la harina,
o hace el chocolate,
tenga en la memoria
presente que el ruido
no sabe a bizcochos
a un cura dormido.
Que vaya a mi misa
de todos los días,
mas salga rezadas
las avemarías.
No haya demora
que un buen desayuno,
si llega a deshora,
siempre es importuno,
y el cura mohino
se angustia y se abate,
si tarda el pocillo
del buen chocolate.
En sabia sentencia
lo dijo un latino,
no hay paz de conciencia
sin pan y sin vino.
Más que fervorosa,
la quiero casera,
y más que virtuosa
buena cocinera,

experta en la salsa
rica de tomate,
y hábil sobre todo,
en el molinillo
y en dar un pocillo
de buen chocolate.

Bajo la luna

A la luna que derrama su luz pálida de cera,
con su negra sevillana y su libro de oir misa,
dando pasos menuditos que repican en la acera
a rezar los monumentos van Elena, Rosa y Luisa.

Como soy novio de Elena, al seguirla busco una
asonante con su nombre—¡es tan dulce y es tan bella!—
e impotente con los ojos desolados veo a la luna,
mientras casi a borbotones está riéndose una estrella.

❧

Para Lolita Ochoa

Cuando ligera cruzas la calle,
rítmico tiene tu lindo talle
todo el soberbio garbo español,
y al ver la gracia de tu salero,
su flor amable dice un torero
y en tus mejillas brota el rubor.

No hay entre todas las de Castilla
mujer más digna de usar mantilla,
y es tal la gracia de tu altivez,
que a ti adoraran los matadores
y despreciando ruines temores,
tirara un chulo su calañés.

Y si a la misa vas de mañana,
ciñe tu busto la sevillana,
y hay en tus ojos nimbos de luz,
si de tus labios de frescas rosas,
van en un vuelo de mariposas
tus oraciones volando a Dios.

Mas si tus ojos hablan de amores,
tienen de espadas los resplandores
y entonces matan siempre a traición
a quien encuentran en su camino;
pues como acero de un florentino
puñal, le parten el corazón.

❧❧

Ocaso

Es la hora dulce, vespertina;
toca a oración una campana,
y el sol su lumbre mortecina
quiebra al cristal de tu ventana.

Allá en la sala, dulcemente,
mientras que triste muere el día,
flota de un piano en el ambiente
la ensoñadora melodía.

Mientras que tú temblando,
roja por emociones infinitas,
con mano cándida deshojas
unas nevadas margaritas.

※

La muerta

PARA ALFREDO MAILLEFERT.

Me dicen que te has muerto;
que en una caja blanca
una tarde de invierno
te miraron pasar....
Iban muchos señores,
muchas damas de negro;
y sobre de las calles
su velo ceniciento
tendía una lluvia fina
que caía sin cesar.

En una caja blanca
de raso bullonada
¡parecerías muñeca....!
—Tú te acuerdas ¿verdad?—
Parecerías la rorra
que una vez muy contenta

una Noche de Reyes
la encontraste a tu puerta,
y hallazte alborozada
decía papá y mamá....
Parecería un gran lirio
tu cuerpo recostado
sobre el mullido raso
del nevadc ataúd....
Un lirio, pero un lirio
marchito y deshojado,
igual tal vez que un cirio,
pero un cirio apagado....
¿A dónde, dime, a dónde
voló tu alma de luz?

☙☙

La ciudad

TU BOSQUE

En tus calles inmensas y silenciosas,
donde al par de las zarzas, crecen las rosas,
y es como una esperanza de sangre y vida
la savia que en los troncos yace escondida;
donde las ramazones tristes y mustias
tienen retorcimientos llenos de angustias,
y son brazos, son manos imprecadoras,
levantadas al cielo pidiendo auroras,
alienta algo que vive y en Dios espera
santos florecimientos de primavera.

TUS TEMPLOS

En tus capillas tristes y silenciosas,
donde hay olor a incienso, perfume a rosas;
una lámpara vela junto al santuario;

desde el púlpito el cura reza el rosario,
y en el ambiente santo lleno de aromas
vuelan las oraciones como palomas;
allí donde el anciano rayando el día,
salmodia cavernoso su avemaría,
y sus rezos ingenuos tienen rumores
de abejas que se posan sobre las flores,
alienta algo que vive y en Dios espera
santos florecimientos de primavera.

TUS VENTANAS

En el misterio augusto de tus ventanas
de par en par abiertas por las mañanas,
cuando una vieja canta, rezonga o reza,
mientras hace el trabajo de la limpieza;
en las viejas ventanas que en la penumbra
de las noches un foco de luz alumbra;
donde se unen las manos y las miradas,
vibran alegremente las carcajadas
y es amor en los labios ave que canta
y anida en los arrullos de la garganta,
alienta algo que vive y en Dios espera
santos florecimientos de primavera.

TUS CONVENTOS

En tus viejos conventos semiderruídos,
donde aves nocherniegas cuelgan sus nidos;

en esos corredores donde resuena
en las noches el paso de una alma en pena;
y el bisbiseo aún se oye de milenarios
murmullos que se alzaron con los rosarios
y de nuevo se oyen las letanías
y muchos padrenuestros y avemarías;
en esas fortalezas que en el pasado
nuestros padres alzaron contra el pecado,
y que eran para las huecas glorias vanales,
poderosos castillos, casas feudales,
alzadas al demonio de la asechanza
que de Dios nos arranca nuestra esperanza.
Todo en estos conventos ama y espera
santos florecimientos de primavera.

Las ventanas

Yo no sé qué encanto tienen las ventanas luminosas
a la luz lechosa y triste del divino atardecer,
cuando un piano en el silencio da su nota quejumbrosa
al sentirse acariciado de unas manos de mujer.

Las ventanas luminosas en las mansas, dulces horas
en que varios caballeros enguantados toman té,
en la rica residencia de una dama rumorosa
de refajos y enlutada con un traje de moaré.

Las ventanas luminosas y de clásicos visillos,
tamizadas como de una suave y blanca luz lunar,
donde a veces se proyectan finos bustos femeninos,
o señores elegantes enfundados en su frac.

Las ventanas luminosas en las horas de tertulia,
cuando Pedro a los encantos prosternado de Lilí,
en nocturnos de Beethoven, dice todas sus ternuras
con las notas quejumbrosas del romántico violín.

Las ventanas luminosas de las salas tristes, pobres,
las ventanas que en la noche refulgiendo siempre están,
en la pieza donde Carmen se halla siempre cose y cose
desde el día que en una caja se llevaron a «papá.»

Yo no sé qué encanto tienen las ventanas luminosas
a la luz pálida y triste del divino atardecer,
cuando un piano en el silencio de la calle toca y toca
y a través de unos cristales se ve un rostro de mujer.



Visiones del Campo



En el campo

Tierra rugosa y triste que esperaste sedienta,
el bautizo del agua clara como el cristal,
en tiempos de sequía; triste tierra morena
que en tus surcos pareces, como rugosa vieja,
y en tu entraña elaboras, la hostia como el pan.

Tierra como las hembras fecundas, que a la lluvia
de mayo, exhalas ese inconfundible olor
de las camas nupciales, de la alcoba y la cuna;
que das el pan, y luego nos das la sepultura.....
Tierra que fuiste hombre al hálito de Dios.

Buena tierra que hueles a humedad y a tomillo;
tierra rugosa y triste de mi vieja heredad,
en donde se mecieron mis ensueños de niño,

como una esponja ávida, yo te brindo mi espíritu,
porque lo empapes todo de tu divina paz.

Porque en mi lira pongas la música del viento
que canta en tus maizales dorados por el sol;
tus maizales sonoros, fecundos del barbecho
de donde sale el grano que ha de ser el sustento
de cada día, que a todos nos da Nuestro Señor.

Porque en mi mente ingenua que es cual página blanca
donde nada se ha escrito, tú pongas la visión
dulce de los labriegos que habitan tus cabañas,
y en mi alma enferma, toda la salud de sus almas,
poseídas de una ingenua admiración,
en las largas veladas del inclemente invierno,
cuando un abuelo cuenta cosas de la ciudad,
y habla de los ladrones y habla de los muertos,
en el propicio ambiente de un atento silencio,
mientras los ojos se abren ávidos de ansiedad....

Buena tierra que hueles a humedad y a tomillo;
tierra rugosa y triste de mi vieja heredad,
en donde se mecieron mis ensueños de niño,
como una esponja ávida, yo te brindo mi espíritu,
porque lo empapes todo de tu divina paz.

Crepúsculo

Ya vuelven de lo obscuro de las cañadas:
el hacha sobre el hombro los leñadores,
con la paz de los campos en las miradas
y en las almas un coro de ruiseñores.

Vuelven con la confianza de quien encierra
su tesoro, y bien sabe que no hay amiga,
ni banquero del hombre como la tierra
que vuelve por un grano, cientos de espigas.

Sobre las altas cimas de las montañas,
vierte el sol su divino, rubio tesoro
y sube el humo blanco de las cabañas
y una campana lanza voces de oro.

Es la hora religiosa, cuando la esquila
en la iglesia del pueblo, toca que toca,
y tiembla como el cielo de una pupila
que llora, o el medroso «sí» de una boca.

La hora en que nuestra alma tórnase en humo
y flota en el espacio como una nube
y somos uno solo con Dios y el sumo
de la creación orante que al cielo sube.

Somos uno con Dios, en el arroyo
que copia en su cristal la estrella clara,
en el lloro del niño y en el lloro
de la yerba agitada....

Somos uno con Dios en la divina
transparencia del agua que cantando,
va por el cauce y copia adormecida
en un sueño, la lumbre de los astros.

Somos uno con Dios en lo que llora,
en todo lo que sufre y lo que siente,
en la alegría divina de la aurora
y en la dulce tristeza del poniente.

Y en el humo que sube de la choza
en trémulo espiral con rumbo al cielo
y en el temblor de la encendida boca
y en la risa, en el canto y en el beso.

Visiones ingenuas

I

En el cálido ambiente del crepúsculo rosa,
canta dulce en el aire el tañer de una esquila,
y en el cielo que invade lentamente la sombra,
van abriendo los astros sus radiantes pupilas.

Por la cinta nevada del camino aparece
la carreta cargada con las haces del trigo,
y el gañán que conduce a los bueyes pacientes,
trae la miel en los labios de un cantar campesino.

Torna ya de la fuente la zagala sencilla,
con el cántaro todo rebosando de agua,
y recuerda en su gracia serpenteante de ondina,
la visión evangélica de la Vírgen, su hermana.

II

El camino zigzagueante
que buscando va tu casa,

a la luna se ha teñido
de divina luz de plata.

Nadie cruza por la cinta
toda blanca del sendero;
en el cielo dulcemente,
van brotando los luceros,
y escondido entre la yerba,
su doliente serenata,
lanza un grillo enamorado,
de no sé qué estrella blanca.

III

Ya toca el bueno don Silvino
la campanita de cristal.
Ya por la cinta del camino
se ven los buenos campesinos
que se encaminan a rezar.

A la capilla pequeñita,
con sus rebozos de bolita
y con su enagua de percal,
vienen las buenas rancheritas
arrepentidas y contritas,
todas las tardes a rezar.
Y oyen al bueno don Silvino,
no sin asomos de terror,
leer en un grande, inmenso libro,

todo forrado en pergamino,
un soporífico sermón.

IV

Muchachita de los campos.
¡Oh divina muchachita!
¡Quién podrá besar la rosa
de tu boca virginal!
Alumbrar a su pobreza
con la luz de tu sonrisa;
oir siempre el «yo te amo»
de tu boca pequeñita
y la música divina
de tu risa de cristal....!

Muchachita de los campos
¿de quién eres, muchachita?
¿Para quién tan rumorosa
esa falda de percal?
¿Por quién huele tan bonito
tu rebozo de bolita,
y por qué a la tarde, y luego,
otra vez de mañanita,
en la zanja nunca dejas
de lavar tu delantal?

V

Por la cinta blanca, blanca del sendero,
Nicanor su yunta presidiendo va:
dos hermosos bueyes de color cetrino
que a ganar le ayudan lo de su jornal.

Desde una alta peña, que es una atalaya,
Juana avisorando se haya la extensión,
y sobre la frente, forma una pantalla
con su linda mano, para ver mejor.

Centinela alerta de la humilde choza,
como es muy celoso de su obligación,
sabiamente el perro con la lengua untuosa
la nariz se limpia para oler mejor.

Y cuando a la tarde, de la humilde cuna,
el «chamaco» en brazos coge Nicanor,
en la casa reina algo como una
paz de los hogares que bendice Dios.

VI

Héme enamorado de una rancherita:
rebozo terciado, falda de percal,
que al rayar el alba va con su hermanita
cabe de una fuente ropas a lavar.

Tiene su semblante la color broncínea
de las que en el campo besa mucho el sol
y por sus pupilas negras se adivina,
toda la dulzura de su corazón.

Es una de esas lindas rancheritas
que como ellas hacen solas el «quehacer,»
ordeñan la vaca y echan las gorditas,
se levantan siempre al amanecer.

Y que en casa tienen unas diez gallinas,
tres o cuatro cerdos flacos que engordar,
y que son asados sobre las parrillas
cuando por su dicha lléganse a casar.

La boda

La muchacha se casa mañana
y el templo todo está adornado
con festones fragantes de pino
y con cándidas rosas de Mayo.

La muchacha se casa mañana
con un vestido todo blanco....
Tiene un velo muy grande de seda
y unos lindos zapatos de raso.

La muchacha se casa mañana.
¡Qué alegre y dulce mira al campo
con sus áureas gavillas de trigo
que enciende el oro del ocaso;
y sus vastas planicies que esperan
la humilde dádiva del grano,
que ha de ser cuando venga la siega
en mil espigas transformado.

La muchacha se casa mañana

con el hijo de don Pancrasio
que además de su vaca y su siembra
tiene siempre muy lindos caballos.

Y a su casa los chicos solteros,
dulcemente le van cantando,
lindas coplas que luego se pierden
en el silencio de los campos.

Y las mozas haciendo rueda
a la novia, van comentando
ahora bien, una blusa de seda,
ahora bien, un pañuelo bordado.

Y pensando, pensando en la dicha
de un tibio beso enamorado,
la muchacha se acuesta y se duerme
lánguidamente suspirando.

Mas es ley que unos lloren, en tanto
que otros se besan en los labios.
¡Ay! ¿qué fué de las tardes frangantes
—dice una voz en el campo cantando—
cuando detrás de los trigos tu boca
se unió en un beso con mis labios....?
Yo te quería como nadie en la tierra,
y tus desdenes me diste por pago.
Te di mi alma y mi vida y tú sólo
¡ay! un puñal en mi pecho has clavado!

Y entre tanto la linda muchacha,
lánguidamente suspirando,
sueña acaso que ya su marido
dulce, la estrecha entre sus brazos.
Porque es ley que la dicha de unos
los otros paguen con penas y llanto
y que unos suspiren, en tanto
que otros se besan en los labios.

Ya las altas montañas se encienden,
en suaves tintes sonrosados,
y en el cielo, a la luz de la aurora,
se van los astros apagando.

En el establo caliente, las vacas,
obedientes van al llamado
con las ubres rosadas henchidas
del tibio líquido nevado.

Pasa la moza lozana y rolliza,
por el camino todo blanco,
sobre el hombro la jarra de arcilla
y una canción entre los labios.

En la capilla la campana
a los fieles está llamando.

Viene el novio vestido de cuero
y la novia vestida de blanco.
Los padrinos y las madrinas
todo un mundo de convidados
y los padres de la muchacha
con los ojos nublados de llanto.

§

Cosas del campo

¡Pobrecito de Juan, el vaquero!
Su novia se casa.
Ayer mismo al venir con las vacas,
bajando del cerro,
se lo dijo con todo sigilo
la buena de Rita.
¿«Pa» qué sirven las buenas amigas,
si no es para darnos las malas noticias?

¡Y pensar que le ha dado promesa
de ser siempre suya!
¡Y pensar que juró ser su esposa
una noche de luna!
Y otra vez, con la mente Juanito
contempla el arroyo,
y la mira llegar, como «en antes»
el cántaro al hombro,
con la risa en la boca divina
de leche y de grana;
o escuchando extasiada el murmullo

del chorro del agua,
o inclinando la faz regordeta,
como una manzana encendida,
sobre el pálido espejo encantado
del agua dormida.
Y otra vez, a los ojos del mozo,
la chica aparece.
Y otra vez, con sus labios más rojos
que rojos claveles,
le besa en la frente,
le besa en la boca,
y le jura de nuevo temblando
de amor, ser su esposa.
Y otra vez, como «en antes»
la mira volviendo del baño,
en desorden el pelo que huele
a campo mojado,
parlanchina y alegre charlando
con otras amigas
de aventuras de amor y de cosas
de todos sabidas,
o tal vez, con un grande misterio,
y hablando en secreto,
de sus novios, que ayer, atrevidos
detrás de la cerca
les dieron un beso.
¡Pobrecito de Juan, el vaquero!
Su novia se casa.
Ayer mismo, al venir con las vacas,
bajando del cerro,
se lo dijo con todo sigilo

la buena de Rita.
¿«Pa» qué sirven las buenas amigas,
si no es para darnos las malas noticias?
¡Era claro! Él no tiene dinero,
ni vacas, ni hacienda,
y el cariño de un hombre no vale,
si no lleva la bolsa repleta.
Cierto que él, como un negro,
en el campo trabaja, trabaja,
y aunque «probe»
en la casa los huevos
y el pan nunca faltan.
Mas ¿qué puede un humilde vaquero
frente a un potentado,
que tiene una hacienda,
que tiene cien vacas,
y además los mejores caballos....
y que puede vivir en el pueblo,
vivir en la plaza,
charlar con el «maistro» de escuela,
charlar con el médico,
charlar con el cura,
y hasta ir con el juez de «parranda»?
¡Pobrecito de Juan, el vaquero!
Su novia se casa.
Ayer mismo, al venir con las vacas,
bajando del cerro,
se lo dijo con todo sigilo
la buena de Rita.
¿«Pa» qué sirven las buenas amigas
si no es para darnos las malas noticias?

Ya no más....

Ahora mismo al panteón han llevado
a la chica más guapa.
Entre cuatro tablones de pino
pasaron los mozos
con ella cargada.
La seguían sus hermanos,
el padre y la madre llorosos,
e iba un cura en un libro grasiento
rezando responsos.

Ya no más con las otras muchachas,
sus buenas amigas,
se irá «ca» los trigos,
se irá «ca» las milpas.
Ni otra vez en el aire divino
y azul de los campos,
vibrará como arpegio de oro,
lo mismo que un trino,
la canción amorosa, preñada
de risas y llanto.

Ya no más la verán como «en antes»
volver del arroyo,
con el cántaro lleno de agua
cargado en el hombro.
Ni ha de oírse al vaquero,
su novio, lanzar en el aire la copla,
que sabía a la muchacha a pastilla,
o a un beso en la boca;
pues los ojos «pa» siempre
la chica los tiene cerrados,
y no más, ya no más al vaquero,
otra vez se abrirán a mirarlo.

Hombres y paisajes

A Jesús Villalpando.

I

A la vera del camino,
los ojos llenos de llanto,
la rancherita esperando
está la vuelta del charro.

Ayer vino don Anselmo
y le dijo, no lo esperes.
Mira, que quien va a la guerra
¡ay, hija, ya nunca vuelve!

Mil mozos rondan su casa;
todos de amor la requieren
pero ella a todos desdeña,
soñando con el ausente.

Mira, le dice la Juana,
Anselmo tiene dos vacas
y la llegua de Pancrasio,
ayer parió una potranca;
mas qué le importan las vacas
y la llegua de Pancrasio,
si ya no tiene el querer
ni el corazón de su charro.

Y a la vera del camino,
los ojos llenos de llanto,
la rancherita esperando
está la vuelta del charro.
Y su boca se marchita
lo mismo que al sol de Mayo,
se seca la amapolita
entre los trigos dorados.

Ya casi no va a la fuente.
¡Solitaria, solitaria....!
las gentes todas, le han visto
siempre detrás de su vaca.
Ya no va a los jaripeos,
ni cuando la luna llena,
se va a pasear por el campo
con las chicas de la Hacienda.
Ni se va al pueblo el domingo,
a comprar fruta y recaudo,
con su rebozo de seda
y el vestido almidonado.

Ya ni a las bodas asiste,
¿para qué? si la guitarra,
sabe que como su charro,
nadie va a poder pulsarla!
Y su cara se marchita,
como a los soles de Mayo,
se seca la amapolita
entre los trigos dorados.

II

Domingo alegre, domingo
en que se van hasta el pueblo
las muchachas de la hacienda,
con su vestido más nuevo.
Con su rebozo de seda,
la enagua blanca y el pelo
con una rosa fragante
que brilla como un lucero.
Domingo alegre, domingo
en que se van al potrero
los muchachos de la hacienda
a lazar a los becerros.
Y vuelven cantando coplas
y alegres como un jilguero,
ebrios del vino y del gozo
que da el resabio de un beso.

III

Hoy celebrará sus nupcias
Asunción en la capilla.
A la boda está llamando
la campana cristalina.

La madre estará llorando;
el padre estará muy serio,
y el corazón de la novia
cantará como un jilguero.

La iglesia estará adornada
toda de rosas abiertas
que el novio para el altar
cortara ayer en la huerta.

En la fiesta habrá una flauta,
un arpa, cuatro violines;
se comerá una ternera;
un guajolote con chile.

Y se beberá aguardiente,
refrescos de garapiña,
y se bailará el jarabe
sobre la hueca tarima.

La madre estará llorando:
el padre estará muy serio,

y el corazón de la novia
cantará como un jilguero.

IV

En la mañana florida
hay un suave olor à heno.
Sus ojos ya las estrellas
están abriendo en el cielo.

Por el camino de hierro
un largo tren va pasando,
con su penacho de humo,
cual un bélico airón blanco....

Desde un corredor yo miro
pasar a cada mañana
a este tren largo y obscuro,
como una fúnebre caja.

Y pienso en no sé qué vidas
de pobres novias que esperan
en el retorno de un novio
que quizás ya nunca vuelva.

En pañuelos que se agitan
fuera de la ventanilla
y el triste llanto que inunda
a dos cándidas pupilas.

En novios que no vendrán,
mas que volver han jurado
con lágrimas en los ojos
y con besos en los labios.

Y entristecido yo miro
pasar a cada mañana,
a este tren, que es negro y largo
como una fúnebre caja.

V

Está la tarde de oro.
Por un caminito blanco
una muchacha al arroyo
va alegremente cantando,
y es su voz tan cristalina
y de tan mágico encanto,
que parece que en el pecho
se le ha metido un canario....

Con su rebozo de guare,
su zagalejo encarnado,
y el delantal limpiecito
—que es un milagro de blanco—
la chica trae a los chicos
de la hacienda suspirando,
y uno le ofrece listones,
y otro un pañuelo bordado,

y uno le ofrece una vaca
y otro le ofrece un caballo;
mas ella desdeña al pobre
y desprecia al potentado,
que aun no se han hecho las redes
para su almita de pájaro,
y así va por el camino
alegremente cantando,
aquella moza que a nadie
quiso decirle «te amo,»
y es su voz tan cristalina
y de tan mágico encanto,
que parece que en el pecho
se le ha metido un canario....!

VI

En la capilla fragante,
como una flor luminosa,
muestra la custodia de oro,
la estrella blanca de una hostia.

Y el señor Cura vestido
de capa pluvial y estola,
sentado en el presbiterio
espera al novio y la novia,
y oir el «sí» del marido
y oir el «sí» de la esposa

que temblará al pronunciarlo,
lo mismo que una paloma....

En la mañana florida
y en el aire de oro y rosa,
flota la voz de una esquila
que está llamando a una boda.

VII

Yo no sé lo que a la tarde
mira a lo lejos Francina,
ni por qué luego de llanto
se le inundan las pupilas....
¿Acaso sueña en la dicha
de que alguien le diga «mía»
y ponga un beso fragante
en su boca estremecida,
y en el vestirse de blanco,
y en casarse en la Capilla
y en el «sí» que a los amantes
junta por toda la vida....?
Yo no sé lo que a la tarde
mira a lo lejos Francina,
ni por qué luego de llanto
se le inundan las pupilas.

VIII

Era la hora rosada....
era la paz campesina,....
era la última llamada
del rosario en la capilla....

Era la quietud del campo....
era la voz de una esquila....
era una copla flagrante
en una boca encendida....

Copla que cantan las madres
para dormir a sus hijas
y luego cantan los labios
que sin besar se marchitan.

Era la hora rosada....
era la paz campesina....
era la última llamada
del rosario en la capilla....

IX

¡Qué encanto tienen las frescas
muchachas, cuando del baño,
regresan por el camino

alegremente cantando.
Con su zagalejo rojo;
con el rebozo terciado
y el delantal limpiecito
¡que es un milagro de blanco!
¡Qué lindas son las muchachas
cuando regresan del baño,
oliendo a rosas abiertas
y campo recién regado!

X

Pálido cielo de tarde
lleno de estrellas divinas,
igual que un campo de ensueño
sembrado de margaritas.

Agua dormida que canta
bajo la fronda florida
y es como espejo de plata
para tu cara, María.

Pentagrama luminoso
que en el cristal de su linfa
copia la música muda
de las estrellas divinas.

XI

¡Qué aroma tan de jazmines
y de niña e incensario
tiene el cristal del rocío
sobre la yerba del campo!

¡Si parece como un huerto
de florecidos naranjos!
¡Si huele a altar de la Virgen
lleno de rosas de Mayo!

¡Si huele a ti toda entera!
¡Si huele a pelo mojado!
¡Si huele a tu carne fresca
cuando regresas del baño!

¡Oh yo no sé qué perfume
de niñas de velos blancos
tiene el cristal del rocío
sobre la yerba del campo!

XII

Se está muriendo la tarde.
¡Qué tristeza tiene el campo!
Mira, allá por el sendero,
viene una joven cantando.

Y en su canción cristalina
asoma el alma a sus labios
y vuela como paloma
hasta su novio adorado.

La tarde se está muriendo.
¡Qué tristeza tiene el campo!
todas las estrellas tiemblan
igual que gotas de llanto.

XIII

Ya están llamando en la iglesia.
¡Qué alegre, —¿verdad María?—
que alegre sobre los campos
vuela la voz de la esquila!

La tarde está toda de oro,
y como una alba neblina,
vienen vestidas de blanco
por el sendero, las niñas.

Y traen las cestas de mimbre
colmadas de margaritas
que han de ofrecer con su alma
blanca, a la Virgen María.

Ya están llamando en la iglesia.
—Ven a la ventana, mira,

qué alegres por el sendero
vienen cantando las niñas....!

XIV

Mis versos son como rosas
que huelen a húmedo campo.
Cándido ramo de flores
para un delantal nevado.

Tienen arrullos de aves;
tienen cristales de agua,
y tienen alas de coplas
que lloran en la guitarra.

Los he aprendido en la noche,
volviendo por el sendero....
Me los cantaba Estrellita
a la luz de los luceros.

Los he aprendido a la tarde;
cantaban sobre los trigos....
Cantaban en los cristales
del arroyo estremecido,

y cuando al ocaso, el campo
se enciende como una hoguera,
cantaban en la campana
dulce y triste de la iglesia.

Y cantaban en los cielos
claros, con nubes de espuma
y cantaban en las noches
todas vestidas de luna....

Mis versos huelen a rosas
y huelen a húmedo campo;
y son ofrenda fragante
para la Virgen de Mayo.

Canasta llena de rosas,
rosas apenas abiertas,
que corté de los rosales
de mi alma de poeta,

y que huelen al incienso
y al surco que abre el arado
y a corazón entreabierto
y a carne tibia y a campo.

FIN

N. B.

Este es un libro de juventud, escrito casi todo de 1913 a 1918. He adoptado una actitud diferente para colocarme delante de la vida, y acaso, de publicar otro libro, ya no sería de versos. Pero como «Oro y Hierro» estaba escrito, no he querido desperdiciar la oportunidad que se me ofrecía para publicarlo, tanto para no ser ingrato con lo que constituyó una parte de mi vida, como porque abrigo la esperanza de que el público, teniendo en cuenta que se trata de un libro juvenil, si no con aplauso, lo reciba al menos con una benévola simpatía.

S. O. V.

INDICE



BOLIVAR 15
MEXICO, D. F.